

DOMINGO XXX ORDINARIO “A”

“Si me aman, guardarán mis mandamientos”

Ex 22,21-27:	<i>“Si explotan a viudas y huérfanos se encenderá mi ira contra ustedes”</i>
Sal 17:	<i>“Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza”</i>
1Ts 1,5c-10:	<i>“Abandonaron los ídolos para servir a Dios y esperar la vuelta de su Hijo”</i>
Mt 22,34-40:	<i>“Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo”</i>

I. LA PALABRA DE DIOS

El Evangelio de hoy es una magnífica ocasión para ver si realmente estamos en el buen camino. Porque este doble mandamiento del amor es el principal: no sólo el más importante, sino el que está en el principio de todo lo demás. El que lo cumple, también cumple —o acaba cumpliendo— el resto, pues todo brota del amor a Dios y del amor al prójimo como de su fuente. Pero el que no vive esto, no ha hecho nada, aunque sea perfectamente cumplidor de los detalles —es el drama de los fariseos, *«sepulcros blanqueados»*—. La clave de todo está en el amor.

El amor a Dios está marcado por la totalidad. Siendo Dios el Único y el Absoluto, no se le puede amar más que con todo el ser personal. El hombre entero, con todas sus capacidades, con todo su tiempo, con todos sus bienes... ha de emplearse en este amor a Dios. No se trata de darle a Dios algo de lo nuestro de vez en cuando. Como todo es suyo, hay que darle todo y siempre. Pero ¡atención! El amor a Dios no es un simple sentimiento: *«En esto consiste el amor a Dios, en que guardemos sus mandamientos»* (1 Jn 5,3). Amar a Dios es cumplir los diez mandamientos y hacer su voluntad en cada instante.

Y el segundo es *«semejante»* a este. El segundo mandamiento no es *igual* ni *equivalente* al primero, sino *parecido* a él; ¡el primero siempre es el primero!

El punto de referencia del amor al prójimo en la Ley de Moisés es *«como a ti mismo»*. ¿Cómo me amo a mí mismo? Por desgracia, el contraste entre las atenciones para con el prójimo y para con uno mismo suele ser enorme. Aquí usamos también la “ley del embudo”: lo ancho para mí y lo estrecho para los demás. Pero amar al prójimo no es sólo *no hacerle mal*, sino hacerle todo el bien posible, como el buen samaritano (Lc 10,29-37). Y amar al prójimo *«como a ti mismo»* es todavía

un mandamiento del Antiguo Testamento; Cristo va más allá: *«Ámense unos a otros “como yo les he amado”»*, es decir, *«hasta el extremo»* (Jn 13,1), hasta dar la vida por el prójimo. Esta es la Ley Nueva —el mandamiento nuevo— de Cristo.

Cuanto más amor hay en el corazón del hombre, mejor refleja la imagen de Dios que hay en él. La gran diferencia entre los mandamientos de la Ley Antigua y los mismos trasladados a la Ley Nueva está en Jesucristo que los ha convertido en vida y en modo de ser. Son más exigentes, pero tenemos por delante un guía y un amigo que en la Eucaristía nos da su fuerza para cumplirlos.

II. LA FE DE LA IGLESIA

El amor y los mandamientos
(2067; cf 2072).

Los diez Mandamientos enuncian **las exigencias del amor** de Dios y del prójimo. Los tres primeros se refieren más al amor de Dios y los otros siete más al amor del prójimo. Los diez mandamientos, por expresar los deberes fundamentales del hombre hacia Dios y hacia su prójimo, revelan en su contenido primordial **obligaciones graves**. Son básicamente inmutables y su obligación vale siempre y en todas partes. Nadie podría dispensar de ellos. Los diez mandamientos están **gravados por Dios en el corazón** del ser humano.

La relación amor-mandamientos:
(1822-1829. 2052-2074).

La **caridad** es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por Él mismo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios.

Jesús hace de la caridad el **mandamiento nuevo** (Jn 13,34). Amando a los suyos *«hasta el fin»* (Jn 13,1), manifiesta el amor del Padre que ha recibido. Amándose unos a otros, los discípulos imitan

el amor de Jesús que reciben también en ellos. Por eso Jesús dice: *«Como el Padre me amó, yo también les he amado a ustedes; permanezcan en mi amor»* (Jn 15,9). Y también: *«Este es el mandamiento mío: que se amen unos a otros como yo les he amado»* (Jn 15,12).

Fruto del Espíritu y plenitud de la ley, la caridad guarda los mandamientos de Dios y de Cristo: *«Permanezcan en mi amor. Si guardan mis mandamientos, permanecerán en mi amor»*.

Cristo murió por amor a nosotros cuando éramos todavía enemigos suyos. El Señor nos pide que amemos como Él hasta a nuestros **enemigos**, que nos hagamos prójimos del más **lejano** (cf. Lc 10,27-37), que amemos a los **niños** (Mc 9,37) y a los **pobres** como a Él mismo (Mt 25,40.45).

El apóstol san Pablo ofrece una descripción incomparable de la caridad: *«La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa. No es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta»* (1 Co 13,4-7).

«Si no tengo caridad –dice también el apóstol– nada soy». La caridad es superior a todas las virtudes. Es la primera de las virtudes teologales. La caridad **asegura y purifica nuestra facultad humana de amar**. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino.

La práctica de la vida moral animada por la caridad da al cristiano la **libertad espiritual** de los hijos de Dios. Este no se halla ante Dios como un esclavo, en el temor servil, ni como el mercenario en busca de un jornal, sino como un hijo que responde al amor del *«que nos amó primero»* (1 Jn 4,19).

La caridad tiene por **frutos** el gozo, la paz y la misericordia. Exige la **práctica del bien** y la **corrección fraterna**; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión.

El Decálogo debe ser interpretado a la luz de este doble y único mandamiento de la caridad, plenitud de la Ley.

El Amor de Dios se nos da como gracia, no es fruto espontáneo del corazón humano, hay que dejarse llevar de su impulso divino. *«Yo soy la vid; ustedes los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto»*. El fruto evocado en estas palabras es la **santidad** de una vida hecha fecunda por la unión con Cristo. El Salvador mismo ama en nosotros a su Padre y a sus hermanos. Su persona viene a ser, por obra del Espíritu, la norma viva e interior de nuestro obrar”.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

“La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos” (S. Agustín).

“O nos apartamos del mal por temor del castigo y estamos en la disposición del esclavo, o buscamos el incentivo de la recompensa y nos parecemos a mercenarios, o finalmente obedecemos por el bien mismo del amor del que manda y entonces estamos en la disposición de hijos” (S. Basilio).

IV. LA ORACIÓN DEL CRISTIANO

*En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.*

*¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?*

*¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?*

*Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.*

*Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta. Amén.*